

LA "MANERA IGNACIANA"
(Una experiencia fundante)

Gilles Cusson

Después de muchos años de estudios, investigación y práctica de la espiritualidad ignaciana, es preciso afirmar más que nunca la importancia capital de un principio hermenéutico: *la experiencia fundamental de Ignacio como primer principio de interpretación de sus obras*, tanto en sus escritos, como en su trato personal.

Ignacio, se ha dicho insistentemente, lo sacó todo de su experiencia a la cual debemos remitirnos sin cesar, si queremos entender el sentido de lo que escribió, propuso y realizó. Es preciso comunicarse con ese mundo interior que le anima. Por ejemplo, el lenguaje usado por él, considerado en sí mismo, es pobre y tosco, pero referido a su experiencia interior resulta sugestivo, capaz de mil matices y lleno de inspiración. No debemos, pues, quedar presos de la *materialidad objetiva*, sino llegar a su mundo interior del cual no terminamos de descubrir su misteriosa lucidez.

En otras palabras, el espíritu que anima la letra de Ignacio no se descubre a menos que encontremos la fuente de su experiencia profunda. Para entender

la "manera ignaciana" hemos de ir más allá de la letra de sus escritos (Ejercicios, Constituciones, cartas), porque el contexto experiencial está siempre subyacente a sus decisiones, prescripciones y propósitos. Toda su espiritualidad brota de la raíz de sus experiencias a las cuales se refiere, a menudo, de forma implícita como fuente de inspiración. Ignacio es, a la vez, un hombre profundamente espiritual, interior, místico y visceralmente encarnado en el mundo, práctico y eficaz. Mira la realidad con lucidez, una mirada que emana de un mundo interior lleno de luz que irradia sobre las cosas. Jerónimo Nadal, que relacionó el espíritu de la Compañía con el de Ignacio y los dones insignes del Fundador, afirmaba que "el espíritu de la Compañía es una claridad que nos guía y nos abarca a todos".

Después de Manresa y la *iluminación del Cardoner*, Ignacio vive situado ante la realidad a partir de una norma interior que es su *experiencia de Dios*, de un Dios volcado sobre el mundo que le implica en todas las cosas. Enlaza así con la más auténtica tradición de místicos que han impregnado su vida de su íntima relación con Dios.

A la luz de la experiencia de Dios

Esta experiencia es -como ha escrito Rahner en su obra *Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy*-, la "inmediatez de Dios" y constituye el corazón de los Ejercicios, o como la llama más adelante "el don de los Ejercicios" los cuales sólo con esta experiencia inmediata de Dios, explicitada en una inteligencia espiritual mística y reveladora de sentido, se transforman en una fuente de luz para la teología. A partir de Dios, conocido en su inmediatez, es como nace la verdadera teología que se expresa más a través de la vida simbólica que con la precisión de conceptos. Podríamos decir, con

Paul Ricoeur, que la *experiencia* y el *símbolo*, su mejor expresión, "dan que pensar".

Tenemos en la Biblia el ejemplo más bello de concebir la teología como *lectura de la realidad a la luz de la experiencia de Dios*. Hacia el año 500 a C. Israel emprendió la aventura de releer su historia de alianza y de pecado. Tal relectura se hizo esencialmente a la luz de la experiencia de Dios, realizada por Israel después de varios siglos de su caminar histórico. El resultado fue la compilación final de los 11 primeros capítulos del Génesis, que no son tanto una historia de los orígenes del mundo como una espléndida teología simbólica del origen del mal en la humanidad y del sentido de la conversión. Una teología, por consiguiente, elaborada a la luz de una relación experimentada y entendida con la gracia de Dios.

Todo esto nos remite a lo que afirmábamos al principio: sólo podemos captar el pensamiento de Ignacio, a través de sus palabras, imágenes y pensamientos, en la medida en que penetramos el "centro" de su inspiración, su *experiencia fundante* de donde emana el sentido.

Un intérprete reconocido del pensamiento ignaciano, el P. Rahner, escribía:

"Más allá de las palabras tan sobrias de los Ejercicios y de las frases medidas de las Constituciones, existe todo un mundo: el mundo que encierra el corazón de Ignacio, el mundo lleno de claridad y de calor construido por él con ayuda de iluminaciones obtenidas en su encuentro místico con Dios. En él hemos de penetrar para tener una idea de las fuerzas con que san Ignacio pudo ejercer su inmensa actividad" (San Ignacio de Loyola y la génesis de los Ejercicios, Toulouse, 1948, p. 15).

Es preciso, pues, que nos iniciemos progresivamente en este mundo interior de Ignacio, a través de sus escritos y de aquellos primeros compañeros que le conocieron intimamente, si queremos vislumbrar el "misterio de Ignacio", misterio de sus palabras, fórmulas, actitudes y acciones. Así descubriremos a un hombre profundamente enraizado en Dios -Padre, Hijo y Espíritu-, viviendo de esta unión que gozaba sin cesar, pero un hombre también que, al mismo tiempo y según la medida de esa comunión, estaba abierto a todo cuanto vive, pacientemente implicado en todo aquello que solicitaba su presencia, su participación y exigía la entrega de su vida.

Esta síntesis entre lo "interior" y lo "exterior", entre el ser *contemplativo* y el *compromiso infatigable del apóstol* nos la da Ignacio al final de los Ejercicios en su "Contemplación para alcanzar amor" que prolonga indefinidamente la dinámica de los Ejercicios como para asegurar el progreso continuado en el Espíritu. Sólo después de muchos años de practicar los Ejercicios, Ignacio compuso (posiblemente en Roma) este método de crecimiento en el amor y la familiaridad divinas. La meta y la gracia que se pide expresan bien esta unidad entre el ser y el actuar, en sentido ignaciano: *en todo, amar y servir a su Divina majestad*, lema de este centenario.

No existe, por tanto, un encuentro más gratuito entre el DON que Dios hace de sí mismo y la ADORACION que nace cada día del hombre: divina familiaridad "en la pena y en la gloria" (EE 95). Esta es la senda señalada por la "manera ignaciana" de ser, juzgar y actuar.

(De la revista **CAHIERS DE SPIRITUALITE IGNATIENNE**, Quebec, Canadá, Vol XVI, Nº 56 Octubre-Diciembre 1990, págs. 243-258. Hemos condensado y traducido sólo una parte del artículo).